

Amor o explotación: el trabajo doméstico  
como sistema de opresión y  
subordinación

Love or exploitation: domestic work as a  
system of oppression and subordination

María Jimena Balcázar Alanís  
Universidad Iberoamericana  
jimebalcazar@hotmail.com

Resumen

El trabajo doméstico y las labores domésticas se asocian, incluso hoy, con «lo femenino», desde una perspectiva esencialista del género. Gracias a la obra de

Beauvoir podemos indagar el género como una construcción social que asigna los roles y papeles que cada quien debe cumplir en una sociedad, para comenzar a señalar que la idea del «ama de casa de tiempo completo», no es en absoluto una categoría que ha existido siempre, sino que está situada dentro de un contexto histórico que sirvió para impulsar el desarrollo capitalista, como señala Silvia Federici.

La perspectiva del feminismo materialista de Christine Delphy ofrece una crítica al marxismo clásico que ignora las condiciones de opresión y explotación de las mujeres. Presentamos un análisis sobre la manera en que el desarrollo del capitalismo y, al mismo tiempo, del patriarcado, ha atado a las mujeres a situaciones de violencia a partir de la dependencia económica.

Palabras clave: *feminismo, trabajo doméstico, Federici, Delphy, materialismo.*

## Abstract

Housework is associated, even today, with «the feminine», from an essentialist perspective of gender. Thanks to Beauvoir's work, we can look at gender as a social construct that assigns the roles that each person must fulfill in a society, to start pointing out that the idea of a «full-time housewife» is not at all a category that has always existed, but is situated within a historical context used to promote capitalist development, as Silvia Federici points out.

Christine Delphy's materialist feminism perspective offers a critique of classical Marxism, which ignores the conditions of oppression and exploitation of which women are victims. We present an analysis of the way in which the development of capitalism and, at the same time, of patriarchy, has tied women to situations of violence based on economic dependence.

Key Words: *feminism, housework, Federici, Delphy, materialism.*

## Introducción

Habitualmente se habla de las labores de cuidado, llevadas a cabo por mujeres, como simples actos de amor. Parece que la palabra «mujer» es —incluso hoy— pensada como sinónimo de «ama de casa» y asociada con una larga lista de habilidades domésticas que parecen conformar nuestra identidad desde una perspectiva esencialista. Se glorifica y se mitifica el hogar, la familia y los cuidados para evitar encarar el hecho de que se trata de un trabajo, uno sin salario que se ignora y se invisibiliza. Detrás de presuponer la naturaleza al momento de identificar este tipo de labores con «lo femenino» está la clave para sostener las relaciones de violencia y opresión que rigen y dominan las vidas y los cuerpos de las mujeres de manera sistemática. Por supuesto que la violencia contra las mujeres no es un fenómeno nuevo. Sin embargo, en las últimas décadas ha ido en aumento, no solo cuantitativamente, sino también cualitativamente. La brutalidad de la violencia de la que somos víctimas llama la atención para plantear preguntas y repensar la

manera en que se estructura el sistema que subyace en las situaciones actuales de abuso y sometimiento.

En este artículo se presenta una revisión histórica, tomando como punto de partida el análisis que aparece en la obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, con el objetivo de situar la noción de un «ama de casa de tiempo completo» para mostrar, a partir del análisis de la filósofa Silvia Federici, que lejos de tratarse de una vocación natural de las mujeres, se trata de una configuración específica del trabajo cuyo fin era el de tener hombres que rindieran más en los trabajos fabriles. A partir de este desplazamiento de las mujeres de las fábricas hacia el hogar, aparece una exploración de las implicaciones que esto tiene: desde la encarnación de los prejuicios acerca de los roles de género, pasando por la problemática de la doble jornada laboral, hasta la manera en que el trabajo doméstico es el seno de la explotación y la violencia que viven hoy en día las mujeres. Nos servimos de la obra *L'enemi principal* de Christine Delphy para indagar las limitantes de la teoría marxista ante la problemática del trabajo doméstico,

mostrando que las mujeres no pertenecen a la misma lucha de clases que enfrenta el proletariado, debido a las diferencias que hay entre sus condiciones laborales y las nuestras.

A partir de estos planteamientos y reflexiones, que, desde luego, abren muchas otras cuestiones y dificultades, proponemos una mirada crítica para seguir haciendo visible la situación de violencia que sufrimos las mujeres como resultado de la invisibilización, gratuidad y desdén del trabajo doméstico que permite que se sostenga un orden social que atraviesa de manera dolorosa nuestras vidas.

## La genealogía del ama de casa

¿Cuánto tiempo se tomará para estar lista? Bueno, no debería de importarme demasiado porque hay que ponerla al fuego a última hora. Tarda muy poco, dicen los manuales. ¿Cuánto es poco? ¿Quince minutos? ¿Diez? ¿Cinco? Naturalmente, el texto no especifica. Me supone una intuición que, según mi sexo, debo poseer pero no poseo, un sentido sin el que nací que me permitiría advertir el momento preciso en que la carne está a punto.

Rosario Castellanos en *Lección de cocina*

Desde Simone de Beauvoir —pasando por autoras del feminismo radical y del feminismo deconstructivista como Donna Haraway, Teresa de Lauretis, Judith Butler, entre otras— aparece un esfuerzo por indagar el género como esa construcción social que asigna los roles y papeles que cada quien debe cumplir en una sociedad. A partir de la pregunta acerca de qué significa ser mujer, podemos dar cuenta de que en el fondo hemos participado muy poco en la construcción de nuestro género, que, más bien, nos ha sido impuesto a través de la fuerza y la educación en forma de roles. En este sentido Beauvoir mira lo relativo al trabajo y la historia para, desde una crítica a las limitantes del materialismo histórico, comenzar a plantear que la conciencia que la mujer adquiere de sí misma, lejos de estar definida por su sola sexualidad o biología, «refleja una situación que depende de la estructura económica de la sociedad» (Beauvoir, 2016, p. 53).

Beauvoir también ofrece un recorrido histórico muy rico. Antes que nada, destaca el hecho de que el cuerpo humano no ha actuado nunca desnudo, sino que siempre ha dependido del arma, de un instrumento que multiplique su habilidad. No obstante, desde ese primer momento aparece una diferencia entre la mujer y el hombre, una cierta debilidad física (Beauvoir, 2016, p. 53) que de alguna manera vuelve impotente a la mujer a hacerse de algunas armas que superan sus fuerzas. Ahora bien, mientras los hombres se dedicaban a cazar y pesar; las mujeres que permanecían en casa, fabricaban artefactos, vasijas, etc. Aquí, pues, ya aparece una división primitiva del trabajo y a la par el surgimiento de dos clases sociales que, sin embargo, coexisten en condiciones de igualdad; es decir, ambas producen y tienen un papel importante dentro de la vida económica. Luego, con el descubrimiento de los metales, el arado y la agricultura, no solo comienza el trabajo pesado y el inicio de la esclavitud, sino que, también aparece el surgimiento de la propiedad privada, con el que ocurre «la gran derrota histórica del



sexo femenino» (Beauvoir, 2016, p. 54). Ya hay aquí una preponderancia masculina que permite que se instale, a la par, la familia patriarcal: el hombre es dueño de la tierra, de los esclavos y también de su(s) mujer(es). Lo que antes significaba la autoridad de las mujeres en el hogar, pasaba a ser una labor insignificante. Sin embargo, aunque Beauvoir puntualiza el hecho de que, si bien, esto podría decirse de un primer acercamiento a las armas y artefactos, la llegada de la máquina moderna, los botones y la automatización de los procesos industriales estaba en condiciones de abrir la posibilidad de que el trabajo de la mujer se igualara al del hombre, en tanto que las diferencias que los colocaban en situaciones desiguales en un primer momento —a saber, la fuerza física— parecían dejar de ser excusas para mantener a la mujer apartada de la fábrica.

Aunque la inserción de las mujeres en los trabajos fabriles sucedió, permitiéndoles comenzar a trabajar, a ganar su propio dinero, volverse independientes y compartir un espacio público con otras mujeres y

hombres (Federici, 2018, p. 85) hoy aún hay remanentes de la desigualdad laboral y una profunda asociación de las labores domésticas con la «feminidad». Esta manera de percibir el trabajo doméstico no es accidental, sino que está situada dentro de este mismo contexto histórico, fabricada con el claro y firme ideal de permitir un desarrollo capitalista que, de otra manera, habría sido imposible. Así pues, la idea de un ama de casa de tiempo completo no ha existido siempre. El nacimiento de esta noción se puede rastrear hacia finales del siglo XIX e inicios del XX, con una clase capitalista que en Gran Bretaña y Estados Unidos se vio presionada por una clase obrera sometida a una explotación absoluta cuyas horas de trabajo habían sido extendidas al máximo y cuyo salario se había reducido al mínimo, dando como consecuencia una imposibilidad reproductiva y una esperanza de vida que no pasaba de los cuarenta años. «El capital necesitaba de una mano de obra más productiva —bien nutrida, descansada y fuerte— y la solución fue una reforma laboral que transformó las condiciones laborales, a partir de la

transformación de la posición social de las mujeres» (Federici, 2018, p .83).

En el fondo, lo que llevó a que los capitalistas estuvieran dispuestos a actuar de esta manera y no de otra, fue el miedo a una revolución por parte de la clase obrera que, además, estuvo de acuerdo con estos ideales, porque también se temía que las mujeres comenzaban a tener un interés cada vez menor por la familia y una independencia sin precedentes. Los hombres se quejaban de que las mujeres que pasaban todo el día en la fábrica regresaban cansadas, sin ganas de hacer que la casa estuviera ordenada, dejando a los niños arrumbados, sin comer. En pocas décadas las mujeres se fueron desplazando de las fábricas hacia el hogar y el salario de los hombres incrementó considerablemente, tanto como para mantener a las mujeres que pronto dejaron de producir ingresos, al tiempo en que se les enseñaron las habilidades necesarias para las labores domésticas.

Los economistas de la época vieron cómo las condiciones que garantizaban la salud, la fuerza tanto

física como moral que constituyen la base de la eficiencia industrial necesitaba de un factor clave: un ama de casa que viera por la salud y fuerza de su familia, así como por el manejo de las finanzas del hogar (Federici, 2018, p. 90). Luego de esto se le comenzó a adjudicar a las madres una gran cantidad de responsabilidades, colocándolas como la influencia primaria y más poderosa para las habilidades de los niños que serían futuros trabajadores. Esto pone en evidencia lo que Silvia Federici esclarece en su obra, el hecho de que ese trabajo que se hace en condiciones de gratuidad y nulo reconocimiento, a saber el trabajo reproductivo y doméstico, es el trabajo más importante de la economía, pues es lo que sostiene la acumulación de las riquezas, produciendo ya, no joyas, sillas o mesas, sino el producto más importante para el sistema capitalista que es la fuerza de trabajo.

El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa, es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día; es la crianza y

cuidado de nuestros hijos —los futuros trabajadores— cuidarlos desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. Esto significa que tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina, se encuentra oculto el trabajo de millones de mujeres que han dedicado su vida, su trabajo, a producir la fuerza de trabajo que se emplea en estos lugares (Federici, 2018, p. 34).

El resultado del rechazo laboral a las mujeres, sienta las bases para una profunda dependencia económica que implementa una nueva jerarquía que Federici (2018) introduce a partir del concepto de «patriarcado del salario» en la que los hombres adquieren el poder del salario y se convierten, al mismo tiempo, en supervisores del trabajo no remunerado de las mujeres, ejerciendo fuerza y el poder de disciplinar, permitiendo la transformación del hogar en un escenario donde gobierna e impera la violencia. Así pues, dicho concepto debe entenderse ya no como una cantidad de dinero que se obtiene a partir de la realización de un trabajo, sino como una nueva manera

de organizar a la sociedad que permite invisibilizar la explotación que aparece luego de naturalizar el trabajo doméstico.

## Dentro del hogar: violencia y opresión

La obra *L'enemi principal* de Christine Delphy busca sentar las bases para un análisis de la opresión de las mujeres. La filósofa francesa señala, de entrada, que seguir el punto de vista Marxista no es suficiente para entender en qué se sostiene la opresión de las mujeres. En primer lugar, esto se debe a que no toma en cuenta el hecho de que se trata de un factor común para todas las mujeres. En segundo lugar, a que la teoría formulada por Marx solo toma en cuenta la opresión del proletariado; esto es, «el materialismo histórico se basa en el análisis del antagonismo social en términos de clase (las clases a su vez definidas por el lugar que ocupan dentro de los sistemas de producción)» (Delphy, 1980, p.23), dejando fuera el trabajo de las mujeres, en

tanto, que se considera únicamente como un efecto colateral de la opresión del proletariado. Además, Delphy señala que incluso en los países «socialistas», la opresión de las mujeres se sostiene y se atribuye a causas ideológicas —aquí la ideología no se entiende, pues, como una categoría marxista, sino como un factor que subsiste aún en la ausencia de la opresión material de clases—. Lo que hay que buscar, entonces, son las razones por las que la abolición de las clases y del sistema capitalista no bastan para acabar con la opresión de las mujeres (Delphy, 1980, p. 24).

De entrada, Delphy distingue dos modos de producción dentro de nuestra sociedad: 1) Los bienes que se producen de manera industrial y 2) los servicios domésticos, la crianza de los hijos y los bienes que se producen dentro de la familia<sup>1</sup>. El primer modo de producción impulsa la explotación capitalista, mientras

---

<sup>1</sup> Delphy analiza la manera en que las mujeres de los agricultores y ganaderos se involucran dentro de estos trabajos, pero lo hacen siempre en condiciones de gratuidad; estas no pueden exigirle al padre de familia un salario a cambio de su *apoyo*. Estas mujeres no disponen de su fuerza de trabajo, sino que son sus esposos quienes intercambian lo producido por ellas en el mercado.

que, el segundo impulsa la explotación familiar o patriarcal (Delphy, 1980, p. 33). Así pues, mientras que el asalariado vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario acordado que depende de las horas de trabajo y de su puesto o habilidades, los servicios que realizan las mujeres no se rigen por un acuerdo, ni dependen de un horario o de las habilidades requeridas para hacer su trabajo. Dicho esto, queda claro que la diferencia entre estos dos modos de producción no solo está en los beneficios que se obtienen a cambio del trabajo realizado; se trata también de las relaciones que se implican en cada uno de estos modos de empleo. El asalariado se rige por un contrato y un empleador. La mujer, por el contrario, se rige únicamente por la voluntad de los miembros de su familia. Mientras que el asalariado depende del mercado, la mujer, de un individuo, mientras que el primero vende su fuerza de trabajo, la mujer casada regala la suya (Delphy, 1980, p. 35). Las mujeres no pertenecemos, en este sentido, a ninguna de las dos clases que proponía Marx, no entramos dentro del sistema capitalista, y es por eso, que



su abolición no está en condiciones de liberarnos. Suponer que las mujeres entran dentro de la misma clase social que sus maridos implica invisibilizar la existencia de otro sistema de producción en el que los roles antagónicos ya no son proletariado-capitalista, sino mujeres-maridos, pues el patriarcado aparece como una organización social en la que las que están oprimidas y explotadas son las mujeres. Negar la existencia de este sistema de producción significa acabar con toda posibilidad de rebelarse contra él. El trabajo doméstico y las labores de cuidado que han sido delegadas como una responsabilidad exclusiva de las mujeres, quedan al margen de las relaciones de intercambio, y, por lo tanto, son vistas como un regalo, como un servicio personal externo al capital<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Cabe decir que, aunque para Marx la emancipación de la mujer tuviera una importancia secundaria en su obra, lo cierto es que el materialismo histórico ha servido como una gran contribución para el desarrollo de las teorías feministas, pues mostró cómo las jerarquías del género e identidad son una construcción y ayudó para reconsiderar las formas de explotación a las que las mujeres está sometidas en la sociedad capitalista. Ver. Silvia Federici, *Notas sobre el género en Marx*, p .60.

Histórica y etimológicamente la familia es una unidad de producción. *Familia* en Latín designa la totalidad de la tierra, los esclavos, las mujeres y los niños que están bajo el control del padre de la familia. El padre de familia domina esta unidad: el trabajo de los individuos bajo su mando le pertenecen. En otras palabras, la familia es el grupo de individuos que deben su trabajo a un “jefe” (Delphy, 1980, p. 27).

La familia y el hogar aparecen como un lugar de explotación. Las mujeres no reciben salario alguno en tanto que se ven comprometidas a apoyar dentro de las labores domésticas en nombre de la familia, del amor. Es aquí donde se institucionaliza nuestro trabajo no remunerado, la dependencia salarial con respecto de los hombres y la desigual división del poder que exitosamente ha disciplinado nuestras vidas y también las de ellos<sup>3</sup> (Federici, 2018, p. 39).

Ahora bien, aunque las mujeres tienen la posibilidad de encontrar un empleo fuera de la casa, la

---

<sup>3</sup> Federici sugiere que la falta de salario en las mujeres y la dependencia del ingreso económico de los hombres los mantiene a ellos atados al trabajo. Los hombres no pueden reducir sus jornadas porque su salario es indispensable para la sobrevivencia de la familia.

realidad es que ese segundo empleo nunca nos ha liberado del primero, la mujer que aspire a una independencia económica tendrá que buscar un trabajo aparte, pero no deberá descuidar las tareas del hogar. Se nos explota en la fábrica y luego en la casa, se nos deja sin energías para luchar contra el poder que se perpetúa sobre nosotras. Además de esto, la brecha salarial deja en claro que a las mujeres se nos paga menos que a los hombres por realizar el mismo trabajo <sup>4</sup> . Es completamente racional suponer que esto se debe a que los empleadores, acostumbrados a que trabajemos sin cobrar, saben que aceptaremos un salario menor al que cobran los hombres. De este modo, tal como señala Delphy, la explotación patriarcal constituye la opresión de las mujeres de manera común, específica y principal (Delphy, 1980, p. 37) por qué afecta a todas las mujeres casadas, porque la obligación de hacer labores

---

<sup>4</sup> En México, en enero de 2020, la Secretaría del Trabajo y la Previsión Social reportó, en promedio, una brecha salarial del 14.6%: mientras los hombres —a nivel nacional— registran un salario de 416.4 pesos por día, las mujeres registran uno de 363.5 pesos diarios. Empero, en Coahuila se muestra la brecha más amplia (30.1%), seguido por Campeche (28.3%), Chihuahua (26.1%) y Durango (24.6%). (Vivian Estrella, 2020).

domésticas no remuneradas es una situación que solo sufren las mujeres, y porque el segundo empleo —lejos de liberarnos— nos convierte en personas híper-explotadas.

## Del amor, cuidado y servilismo hacia nuevos horizontes

A nosotras nos parece que si este trabajo, en vez de basarse en el amor y el cuidado, hubiera proporcionado una remuneración económica a nuestras madres, probablemente éstas habrían estado menos amargadas y habrían sido menos dependientes, se las hubiese chantajeado menos y a su vez ellas hubieran chantajeado menos a sus hijos, a los que se les recriminaba constantemente el sacrificio que ellas debían llevar a cabo. Nuestras madres habrían tenido más tiempo y energías para rebelarse contra ese trabajo y nosotras estaríamos en un estadio más avanzado de esta lucha. (Federici, 2018, p. 43).

Partir del amor como motor de las mujeres para llevar a cabo las labores domésticas y reproductivas es un mecanismo histórico con el que a las mujeres se nos

ha aprisionado en condiciones indignas, justificando también las condiciones de violencia que se dan en el hogar, ahí donde se construyen relaciones jerárquicas, donde son los hombres quienes tienen el poder social y económico, donde son ellos quienes, gracias al poder del salario, tienen poder sobre nuestros cuerpos. Gracias al salario los hombres pueden controlar y supervisar nuestro trabajo, así como castigar y someter con el uso de su fuerza a quienes no lo cumplen. No fue, hasta los movimientos feministas de los años 70 que se comenzó a hablar de la violencia doméstica como un fenómeno real, antes de eso, estaba perfectamente silenciado y permitido el hecho de que los hombres podían golpear a sus mujeres y abusar sexualmente de ellas por no cumplir con «lo que les tocaba» (Federici, 2018). No se trata de una coincidencia: la violencia es y siempre ha sido una parte de la disciplina del trabajo doméstico, tanto, que se necesitó del feminismo para esclarecer que el matrimonio no equivale a entregar el control sobre el cuerpo de las mujeres al hombre. Desde el hogar nos han acostumbrado a ver cómo disponen de nuestro tiempo,

trabajo y cuerpo. Nos han puesto en pugna al dividir y clasificar a las mujeres pensando que una buena mujer, madre y esposa es aquella que realiza su trabajo con amor y con gusto, la que soporta trabajar sin cobrar un centavo, sin descansar ni un solo día al año. Así, la respetabilidad se ha convertido en la compensación por una explotación que no conoce límites. La dependencia económica es uno de los pilares fundamentales para sostener las relaciones de violencia desde una privación de la libertad que aparece luego de acotar las posibilidades laborales de las mujeres, así como nuestras posibilidades para obtener apoyos económicos que nos permitan escapar de situaciones y escenarios de violencia. La cocina y el dormitorio son lugares donde, por años, se ha realizado un trabajo violento, ignorado e invisibilizado.

Lo que habríamos de explorar sería, en primer lugar, una manera de desnaturalizar, «des-ontologizar» esta opresión. Mientras que Federici afirma que el primer paso para ponerle fin a este trabajo es ponerle precio como estrategia revolucionaria que socavaría el

rol que se nos asigna en la división capitalista del trabajo y alteraría las relaciones de poder dentro de la clase trabajadora, para lograr que sea más favorable para nosotras (Federici, 2018, p. 51).

Delphy propone que esto solo puede lograrse desde la revolución, desde la modificación de la falsa conciencia que ha permeado a las mujeres, permitiendo que sus condiciones de vida las aten de una manera tan indigna al trabajo. Nos parece que el primer paso para dar cuenta de una problemática que ha entrado en las discusiones feministas es nombrarla, distanciarla de toda consideración esencialista, mostrando de qué manera puede situarse en la historia y ya no en la naturaleza. Un trabajo genealógico de las labores domésticas y de cuidado muestra, de manera contundente, que nada de lo que somos es idéntico al servilismo. Luego, es en este despertar de la conciencia alienada de la mujer trabajadora que podemos comenzar a avanzar hacia una búsqueda de la mejora de las condiciones vitales y laborales que por tanto tiempo nos han aprisionado. Creemos que, si bien, la

formalización del trabajo doméstico lo coloca dentro de otra dinámica de opresión ahora sí de obrero-capitalista, al menos es una posibilidad para garantizar condiciones dignas de trabajo, límites y términos, horarios y salarios. Asimismo, como hemos visto con Delphy, solo desde el reconocimiento del papel que tenemos dentro de la vida laboral y económica somos capaces de pensar la resistencia, la revolución y el final de una vida de sometimiento y opresión.

## Bibliografía

- De Beauvoir, S. (2016). *El segundo sexo*. Trad. Juan García Puente. Ciudad de México: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Delphy, C. (1980). The Main Enemy. *Feminist Issues*. No. 1, vol. 1. pp. 23-40.
- Enloe, C. (2019). *Empujando al patriarcado*. Trad. Magalí Martínez Solimán. Madrid: Cátedra.



- Estrella, V. (2020). *Brecha salarial en el mercado formal persiste en los estados*. México: El Economista. Recuperado de: <https://www.eleconomista.com.mx/estados/Brecha-salarial-en-el-mercado-formal-persiste-en-los-estados-20200309-0035.html>.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo*. Trad. María Aranzau Catalán Altuna. Madrid: Traficantes de sueños.
- Smaldone, M. (2017) El trabajo doméstico y las mujeres: Aproximaciones desde la teoría de género, los feminismos y la decolonialidad. *Revista Fenimismos*. No. 2-3, vol. 5. pp. 71-84.
- Smaldone, M (2014) Un legado beauvoiriano: el trabajo doméstico en la perspectiva del feminismo materialista de Christine Delphy. *La manzana de la discordia*. No. 1, vol. 9. pp. 7-29.